



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 15 - N. 142
FEBRO., 1952

Sencillísima en su expresión, pero llena de profundísimo contenido filosófico y práctico, fué la siempre recordada palabra del Libertador ya casi moribundo: “¡Unión, Unión!”.

Bien sabía él, por largas y dolorosas experiencias de su agitada vida, a dónde conduce la desunión cuando se trata de realizar empresas del bien común. Y había sido testigo del fracaso o de la esterilidad de las mejores intenciones, y de las voluntades más constantes, cuando entre muchas iniciativas y actividades no había reinado la necesaria unión y coordinación.

El Libertador hablaba así desde su lecho de dolor, porque estaba palpando las consecuencias de esta falta de unión entre los paladines de la obra creadora de una nueva Patria.

Empero hay empresas en las que su éxito y máximo rendimiento pueden verse amenazados no precisamente de una positiva falta de unión, sino simplemente por no haberse apreciado con justeza la necesidad de una total y sólida integración de actividades.

El lema que encabeza estos párrafos: “¡Todos a una!”, quiere significar algo más que una mera expresión de aliento y de entusiasmo. Quiere hacernos reflexionar sobre la apremiante y necesaria compactación, y firme engranaje, que debe prevalecer siempre en las diversas actividades de tipo colectivo que la Iglesia tiene que desarrollar bien sea en el campo religioso o moral, bien en el social o educativo.

Estas sencillísimas ideas se traen ahora a cuento, porque creemos sinceramente, —y sin duda tal es el pensar común—, que pocas veces pudimos tener hasta ahora una oportunidad mejor de comprender y emprender ese trabajo de “¡todos a una!”, como durante la celebración de la I Asamblea de Colegios Católicos, celebrada en Caracas en los primeros días de enero del presente año.

¡TODOS
A UNA!

Sin duda alguna, por encima de aquella asidua y ejemplar concurrencia a tantas y tan laboriosas sesiones; por encima de la exposición y debate de ponencias básicas y trascendentales para el trabajo de educación católica; por encima de toda la luz de conclusiones prácticas que allí brotaron, lo que en aquella Asamblea saltó más de relieve, lo que impresionó a los mismos asambleístas y nos infundió un estado de justificadísimo entusiasmo y esperanza, fué el caer en la cuenta, —al vernos allí reunidos—, de la enorme fuerza moral y ductora que representan los institutos católicos de educación diseminados por todo lo ancho y largo de la Patria.

Nos encontramos allí, por primera vez en nuestra historia, varios centenares de educadores católicos: Obispos, sacerdotes de ambos cleros secular y regular, religiosos y religiosas de muy diversos institutos, profesores, maestros y maestras seculares, venidos algunos aun de las más apartadas regiones, y todos impulsados por un mismo afán y puesta la mirada en un ideal idéntico: la sólida educación cristiana de la niñez y juventud de la Patria.

Al encontrarnos por primera vez reunidos en un intento de discutir problemas que a todos se nos presentan, de buscarles la adecuada solución, de unificar en lo posible métodos prácticos para casos concretos; y al sentir en el contacto espiritual de unos con otros, un mismo afán y una misma voluntad para el trabajo, caímos espontáneamente en la cuenta de que éramos la expresión viviente de una fuerza poderosa extendida por toda la Patria para realizar el bien; de que nuestro pensamiento y nuestra voluntad significaban mucho más de lo que tal vez creíamos en medio de la colectividad por la que trabajamos y a la que en cierta manera estamos representando en los millares de niños y jóvenes confiados a nuestro cuidado.

Y por tanto, la lección primera y más práctica que esa Asamblea hubo de dejarnos, y que hemos de conservar viviente y operativa, es la de que todos estos cientos de educadores católicos, en esa misma necesaria y fructuosa dispersión por todos los ángulos de la Patria, seremos siempre una fuerza eficaz y rendidora en pro de los intereses superiores de Jesucristo y de su Santa Iglesia, si actuamos en perfecta coordinación, regidos uniformemente por la voz de nuestros Pastores espirituales, moviéndonos en perfecta armonía y compactación de movimientos, en una palabra, yendo "todos a una."

Hemos de aviviar la conciencia de lo que como grupo y como ideal representamos en la Patria; hemos de vivir conscientes de la esforzada y generosa labor que está a nuestro alcance realizar; y hemos de cultivar, sobre todo, la persuasión de que el resultado completo, duradero y más amplio de nuestros esfuerzos, no será el individual, o el particular que aisladamente pretendiéramos conseguir, sino el que compactados en perfecta unidad de directiva y de movimientos realicemos a las órdenes de los Jerarcas de la Iglesia.

Si así trabajamos, podemos estar seguros de que los institutos de educación católica, y el numeroso personal que en ellos se mueve, serán en todo momento uno de los más poderosos auxiliares de eficiente y tesonera actividad, al servicio de la Iglesia.

P. P. B.